

El regreso: ¿utopía o realidad? **Una problemática acuciante de las víctimas de la espera.**

No pongas ningún clavo en la pared,
Arroja sobre una silla tu chaqueta.
¿Vale la pena preocuparse por cuatro días?
Mañana volverás.

Meditaciones sobre la duración del exilio, Bertolt Brecht.

Resumen:

Puede sostenerse, en líneas generales, que la experiencia del exilio, así como su ficcionalización, gira en torno a tres ejes fundamentales: el desarraigo, producto de la expulsión del lugar de origen; la fractura identitaria, debido a la dislocación y la necesidad de inserción en el país de acogida, lo cual supone la convivencia de dos mundos paralelos: el propio, llevado cual mochila en el recuerdo, y el ajeno, en la cotidianeidad; y el retorno, obsesión siempre presente en la vida del exiliado. Pero es este último el que ha derivado de una de las grandes utopías tanto de la experiencia antropológica como de su elaboración estética. La forma en que diferentes escritores, que han atravesado las tres instancias mencionadas al comienzo, han reflexionado sobre las posibilidades de concreción de la utopía del regreso es el punto de partida del presente ensayo, en el que se intenta elaborar una aproximación a esa poética del retorno de la literatura argentina escrita durante y después de la última dictadura militar.

Palabras claves: exilio – retorno - desarraigo

Abstract:

It can be argued, in general, the experience of exile and its fictionalization, revolves around three axes: the uprooting, the result of the expulsion from the source; the identity fracture due to dislocation and the necessity of insertion in the host country, which implies the coexistence of two parallel worlds: his own, taken which rucksack in the memory, and the foreign one, in the ordinariness; and return, ever-present obsession in the life of exile. But it is the latter which has been derived from one of the great *utopias* both anthropological experience as it is drawn up aesthetics. The way in which different writers, who have gone through the three instances mentioned at the beginning, have pondered the possibilities of realization of the *utopia* of return is the starting point of this essay, which seeks to develop an approach to the poetics of Argentina return in literature written during and after the last military dictatorship.

Keywords: exile – return – uprooted

Introducción

La historia argentina ha sido signada, en gran medida, por movimientos migratorios, tanto de recepción como de expulsión de habitantes foráneos o nacionales respectivamente, pero la experiencia del exilio vivida por numerosos argentinos durante la década del '70 ha sido especialmente significativa, por lo que tuvo de violenta y contradictoria, al ser precisamente promovida por un gobierno que, en aras de la seguridad nacional, puso en marcha un programa de persecuciones, torturas, expulsiones y ejecuciones que poco parecen tener que ver con la consigna que lo ha motivado, es decir, la protección de la población. Esto ha determinado la recurrencia de la figura de Estado Criminal que ha aparecido en gran parte de la bibliografía que indaga en los fenómenos de violencia colectiva recientes.

Aun habiendo numerosos estudios acerca de la magnitud del exilio provocado por la última dictadura militar (estadísticas oficiales argentinas, del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados, de las embajadas extranjeras en Buenos Aires, de los programas de acogida de los países receptores de exiliados, etc., así como de investigadores universitarios del país y de otros centros de estudios foráneos: Margulis, Jensen, Orsatti, Lattes, Franco, Canelo, Bernardotti, Bongiovanni, entre otros), resulta del todo imposible precisar la cantidad exacta de desterrados, así como su origen y cualidad, ya que muchos de ellos salieron del país como turistas, o bien, clandestinamente. Asimismo, debido a los grandes movimientos migratorios mencionados al comienzo, numerosos argentinos se han hecho acreedores a dobles nacionalidades, lo cual ha imposibilitado aún más su registro en el extranjero. A todos estos factores, también hay que sumarle la dificultad para diferenciar exiliados de emigrantes. Aunque muy discutida, la cifra aproximada que parecen aceptar estas diversas indagaciones es la de medio millón de personas, distribuidas por Brasil, México, Venezuela, Cuba, España, Francia, Italia, Alemania, Estados Unidos, Israel, etc. (Yankelevich, 2010: 23-26).

Estos son solo datos de un somero panorama de todo aquello que habita en las zonas del espanto, algunas vedadas, otras reveladas (Boccanera, 1999: 12), y que han ido convirtiéndose en materia literaria.

El exiliado se torna así una figura emblemática en la literatura de las últimas décadas en Argentina: errante en un país que le es ajeno, luchando entre la realidad y el deseo; empobrecido o enriquecido, según se entienda esta experiencia como un castigo o como un espacio de reflexión y conocimiento; mutilado o fragmentado por la dislocación temporal, espacial e identitaria; extrañado del presente colectivo, de las relaciones que lo definen; desdoblado y suspendido entre dos tiempos (el pasado añorado y el presente perturbador, amenazante y difuso) y dos espacios (o tal vez, tres: el país de origen, el idealizado en el recuerdo y el que lo recibe), con las raíces al aire de la tierra natal que lleva a cuestras y con otra bajo sus plantas, donde no prospera ninguna de aquellas; con la única casa posible en el exilio: la escritura, como diría Adorno, o con la tierra, más que en la memoria, en la imaginación (Cardoza y Aragón, 1986); cargando una valija que no termina de desarmar, como sugieren los versos brechtianos del epígrafe que precede a este ensayo.

Por este camino han transitado numerosos escritores. Valgan solo como ejemplo de los tantos posibles: Nicolás Casullo, Antonio Di Benedetto, David Viñas, Cristina Siscar, Pedro Orgambide, Humberto Constantini, Tununa Mercado, Osvaldo Bayer, Daniel Moyano, etc. Ese sendero largo y sinuoso ha ido produciendo profundas reflexiones en torno a tres instancias que suponen el descubrimiento de la realidad facetada del fenómeno del exilio: el destierro, la inserción en el país de acogida y lo que constituye el punto central de este ensayo: el regreso.

Pero no es el propósito de este breve ejercicio el realizar un análisis de la complejidad de la problemática del exilio, largamente estudiada y discutida, ni mucho menos un relevamiento exhaustivo de sus múltiples y diversas aristas, sino un abordaje tentativo de dos cuestiones que subyacen a estas tres instancias mencionadas anteriormente y que resultan esenciales para la calidad dolorosa y perturbadora del exilio: el sentimiento de extrañamiento y el consecuente temor a lo diferente, las cuales se entienden determinantes para la constitución y preservación de la utopía del regreso.

Con tal propósito, se tratará primero la índole y ocurrencias de esas dos cuestiones citadas, para luego pensar cómo resultan imbricadas en el pensamiento de algunos escritores que han sufrido la experiencia del exilio y que han configurado, de alguna

manera, una poética del retorno. Finalmente, se dará cuenta de algunas reflexiones surgidas a partir del tratamiento de estas cuestiones.

El temor frente a lo extraño: una piedra en el camino del retorno

Hannah Arendt plantea en el capítulo titulado “Nosotros, los refugiados”, incluido en la segunda parte de *Escritos judíos*, que compendia trabajos redactados durante la década del cuarenta:

Yo no sé qué recuerdos y qué pensamientos moran de noche en nuestros sueños. No me atrevo a pedir información, ya que también yo preferiría ser una optimista. Pero a veces imagino que al menos por la noche pensamos en nuestros muertos o recordamos los poemas que una vez nos entusiasmaron. Podría incluso entender que nuestros amigos de la Costa Oeste, durante el toque de queda, hayan tenido ideas tan curiosas como la de creer que no somos solo “futuros ciudadano” sino actuales “extranjeros enemigos” (Arendt, 2009: 355)

A partir de esta afirmación, Fernández Bravo, Garramuño y Sosnoswski¹, llegan a la conclusión de que la vivencia del exilio no solo el argentino, sino el latinoamericano en general, está también signada, en muchos casos, por una suerte de ambivalencia en el estar del refugiado en suelo extranjero, ya que es percibido por parte de la sociedad que lo acoge en su carácter de *futuro ciudadano*, con posibilidades de integración al nuevo colectivo, a la vez que lo considera como potencial *enemigo*, como eventual conspirador, como otro ajeno y exterior, misterioso y amenazante.

Esta ambivalencia se convierte así en un complemento de la que el exiliado ha sufrido en su país de origen frente a un Estado que, lejos de combatir y eliminar la

¹ Organizadores del simposio *(In)migración, exilio y diáspora en la cultura latinoamericana* (Universidad de San Andrés y Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires, 21 y 22 de marzo de 2002), cuyas ponencias han sido compiladas en el volumen *Sujetos en tránsito*.

vulnerabilidad de sus ciudadanos y protegerlos de la incertidumbre y del peligro -cimientos sobre los que el poder estatal moderno se sostenía (Bauman, 2011: 77)-, instala el terror y la inseguridad en el seno mismo de la sociedad, convirtiéndose en propulsor del crimen institucionalizado.

Es decir que el desterrado parte de una imagen ambigua de su lugar de origen (tierra materna-vida / tierra expulsora-muerte) para recalar en otra figura ambivalente, la del país de acogida (refugio / hostilidad). No parece haber descanso para el temor que genera el extrañamiento, primero de la patria que lo considera otro, que lo expulsa del sentimiento colectivo, y luego, del país que lo recibe, que duda en considerarlo semejante, desplazándolo tanto uno como otro, por lo que el exiliado tiene de diferente, hacia el espacio de la amenaza latente.

Pero esta dualidad siniestra, arduamente analizada desde diferentes enfoques disciplinares en cada uno de estos ámbitos (la expulsión y la acogida), en cada posible dicotomía complementaria (lo propio y lo ajeno; el uno y el otro; etc.) no se acaba con el regreso al país de origen. Es más, en esta última instancia, es tal vez donde más lacerante se vuelve.

Recuperar el espacio propio; reencontrarse con el pasado y reinsertarse en el decurso natural de una sociedad, saltando desde un hiato –el tiempo del exilio- muchas veces insalvable; recomponer la identidad fragmentada en una suerte de sincretismo bastante peculiar entre la cultura propia –que ya se ha vuelto, en cierta medida, algo difusamente ajena- y la adoptada durante la estadía extranjera; son algunos de los desafíos que vuelven a catapultar al exiliado hacia esa misma ambigüedad de la que viene escapando.

La pregunta sobre la posibilidad del regreso o de un nuevo exilio en el retorno, por proyectar otros múltiples y complejos cuestionamientos, resulta difícil de responder. Por ello, se han escogido dos posturas ante la misma, difíciles de reducir cada una, por su complejidad, a un discurso unívoco, y en cierta medida, enfrentadas: la que sostiene la imposibilidad de una verdadera concreción de la utopía, por no poder superar las controversias y adversidades del regreso, presentada en un diálogo –elaborado ficticiamente

en este ensayo- entre Cristina Siscar (con su testimonio) y Sergio Bufano (a través de los ojos de su personaje Simón²) y glosado por David Viñas; y la segunda postura, la que ha buscado una alternativa posible, en otro intercambio imaginario: el de María Rosa Lojo (en las palabras de Rosalind Kildare³) con Héctor Tizón y Pedro Orgambide (en sus comentarios sobre el retorno), y también con Juan Gelman (en sus reflexiones sobre el olvido).

Para los primeros, el verdadero regreso es imposible. Buenos Aires, su ciudad, el seno que abrigara su infancia y juventud, colmado de imágenes, rincones y afectos que la convertían en un espacio luminoso y acogedor, se ha convertido en un resabio oscuro y siniestro del pasado, una trampa que los conduce hacia el recuerdo de violencia y muerte del que han luchado por escapar, que les niega el encuentro con sus seres queridos y que solo les deja ver lo que han perdido:

Sergio Bufano: “Trataría de ver la ciudad como si éste fuera un sábado cualquiera, sin lapsos de ausencias, sin nostalgias ni temores...” (Bufano, 1983: 120)

Cristina Siscar: “La pienso mía, pero la siento ajena y hostil. Además, la ciudad también se ha transformado. No encuentro a los amigos; y los lugares que subsisten me parecen decorados vacíos o llenos de extraños...” (Boccanera, 1999: 59)

Sergio Bufano: “[esa ciudad que estoy viendo no es más] que la fachada de algo que no retornaría simplemente porque los protagonistas eran otros...” (Bufano, 1983: 122)

Cristina Siscar: “Ahora los pedacitos de mi historia personal están dispersos en una ciudad desarticulada”. (Boccanera, 1999: 59)

Y cerrando esta imagen, entretejida por ambos en este diálogo imaginario, de ciudad despojada de todo aquello que les era familiar y acogedor y que se presenta ahora como

² Protagonista de su cuento “Simón en la ciudad”.

³ Personaje principal de su novela *Finisterre*.

ajena, hostil y hasta siniestra, Simón, el personaje de Bufano, termina con su llanto desgarrado:

Ya no sería un extranjero, proscrito, intruso, ya no sería el desterrado ni el apátrida ni el forastero. Era Simón, el de Buenos Aires, un gesto más en la muchedumbre, un rostro cualquiera entre sus congéneres...

No es posible, pensó Simón. No, habló en voz alta. No, repitió casi en un grito, cuando en algún lugar de su interior sintió el nudo que precede al llanto [...]

Algunos lo empujaron y le pidieron disculpas y volvieron a empujarlo mientras él estaba solo, inmerso en el hervidero de gente que pasaba a su lado sin mirarlo...

Sobre el pavimento, caída de su bolsillo, perdida entre la gente, quedaba una fotografía ya bastante maltrecha. En ella aparece Simón, de pie, sonriente. Junto a él hay una pareja cuyo paradero nunca se pudo establecer. (Bufano, 1983: 124-125)

Tanto el testimonio de Cristina Siscar como la elaboración estética del retorno del exiliado que perfila Bufano en su cuento confluyen no solo en la noción de dislocadura renovada, sino en la enfática visión de ser recibidos con indiferencia y hasta con temor, como lo sostiene claramente la primera en su testimonio: “Estaban los zombies de siempre, que habían vivido en una burbuja; aquéllos a los que les resultaba sospechosa...” (Boccanera, 1999: 60). Por su parte, el segundo escritor, a través de su personaje, perfila la figura del retornado como un ser fantasmal, que no recorre la ciudad, sino que deambula cual fantasma sin ser “visto” -en el evidente sentido de no ser “reconocido”- por sus compatriotas, para terminar siendo arrastrado hasta “el salón del Hotel del Prado, junto a una imagen de muerte de Diego Rivera” (Bufano, 1983: 125), donde la foto desleída a la que se ha hecho alusión anteriormente le recordará lo perdido, en clara composición con la pintura del artista mexicano.

Y como corolario de este panorama, una sombra oscura se cierne para volver más oscura y desalentadora esta visión del retorno: la percepción del mismo como una suerte de traición, de derrota, de claudicación de los ideales que tan caro costaron sostener, como lo sugieren las palabras de David Viñas:

Y... al volver tenés que dar examen de ingreso, ganarte espacios, toda esa putada. Desde ya. Tenés un capital simbólico, que es más simbólico que capital. [...] Y optás. Digo, en función del campo de posibilidades que tenés a partir de una determinada práctica,

muy concreta, la práctica crítica. Ese lugar, ¿no? No sé si todos los días, pero con mucha frecuencia existe la tentación o la propuesta de reconversión, de instalarte en el sistema. Y... si se trata de acomodarse, por ahí alguna cosita podés ligar. Te jugás a esa mano. Ya. Perfecto. Un mes, dos meses. Al tercer mes, te decís: ¿qué carajo estoy haciendo yo acá? (Ángel, 1992: 42)

Lo cual supone que volver no es reencontrarse consigo mismo ni con su original perdido, sino despertar el lado más oscuro de ambos.

Para el segundo grupo de escritores, el panorama del regreso parece menos desolador. María Rosa Lojo, si bien no ha sido una de las escritoras del exilio, ha reflexionado largamente sobre el mismo, debido a su condición de hija de exiliados republicanos españoles en Buenos Aires, y lo ha incorporado como eje vertebrador de muchos de sus textos ficcionales y metaficcionales. Parece lícito insertarla en este segundo eje por lo que su novela *Finisterre* tiene de representación ficcional de las posturas de Héctor Tizón, Pedro Orgambide y Juan Gelman. Todos, de una u otra manera, piensan el retorno asociado a la dicotomía olvido-memoria (elementos engañosamente contradictorios por su carácter complementario) y es en ella –y en la ilusión de recuperar la unidad robada– en la que cifran la esperanza de la consecución de la utopía.

En la citada novela de Lojo, Rosalind Kildare remite cartas escritas desde un espacio cargado de intensos simbolismos: Finisterre, el fin de la tierra, a Elizabeth Armstrong, su hija de crianza durante su exilio en la Pampa Argentina. Se constituye así como la responsable de restituir la memoria negada por su padre, al llevarla a Inglaterra a una edad muy temprana, alejándola así no solamente de Rosalind, sino de sus orígenes, ya que había sido concebida por la hija de un cacique ranquel, con quien Oliver Armstrong había establecido lazos comerciales a través de esa unión. Elizabeth solo guardaría recuerdos fragmentarios y, hasta entonces, sin sentido.

En la literatura del exilio, el olvido ha sido mayoritariamente considerado un elemento negativo, una amenaza permanente que acecha, intentando desbaratar el único medio de supervivencia en el destierro, la única esperanza de preservación de la identidad personal y nacional y de retorno: la memoria. En la obra de Lojo, es evidente el rol

primordial que le atribuye a esta última, pero con la peculiaridad de considerarla como forma complementaria de aquél:

Aquí llegó Decio Junio Bruto después de haber obligado a sus hombres a cruzar el río Limia, al que creyeron el Río del Olvido. Si lo cruzaban, le dijeron, perderían la memoria de su nombre, de su patria, de quiénes eran y quiénes habían sido, de lo que deseaban y lo que temían. Serían como parias vagabundos o niños viejos, sin oportunidad de renacer. (Lojo, 2005: 180)

Es decir, se convertirían en exiliados. Rosalind también cruzó el Río del Olvido, dos veces, una de España a Argentina y otra a viceversa, cuando regresa a su tierra natal. Pero no ha perdido la memoria, pues, como bien dice ella misma, un cruce neutraliza los efectos del otro:

He cruzado dos veces el Océano y el Río del Olvido.
Por dos veces he tenido que olvidar quién era y quién había sido, y lo que deseaba y lo que temía y ahora soy solamente una niña vieja.
Quien olvida dos veces nada olvida. (Lojo, 2005: 181)

El regreso, entonces, es percibido como un movimiento compensatorio que restituye no solo la unidad perdida, sino que permite al exiliado reconciliarse con su pasado, con sus pérdidas, a la vez que lo enriquece con la conciencia de ese segundo legado que ha adquirido en el destierro, como lo sostiene la autora en una entrevista sobre la problemática del exilio:

Si hay una forma de “desexiliarse”, creo que es compensar esa vivencia de pérdida con todo lo que uno puede incorporando o absorbiendo de la cultura adoptiva. Se puede pasar entonces de la indigencia y el desgarramiento del exilio, a la riqueza de la identidad plural, que es hondamente creativa, que integra y entreteje complejos vínculos entre los mundos. (Crespo Buiturón, 2008: 228)

En consonancia con la opinión y posición de Lojo frente al regreso, aunque no con la terminología, Héctor Tizón comenta:

Ni entiendo ni me gusta la palabra “desexilio”; prefiero decir regreso; aunque uno no se haya ido de verdad nunca, porque siempre es posible regresar. Es como volver a vivir; de alguna manera, una vuelta a la semilla, en el mejor de los casos. (Boccanera, 1999: 85)

Idea que será completada por Pedro Orgambide, al valorar el aporte⁴ que ha significado en su experiencia de exiliado el contacto con otras culturas:

El exilio enseña. Uno aprende a vivir con sus compatriotas y con la gente del país que lo recibe. Con más humildad, creo. Como habrán vivido nuestros abuelos inmigrantes al llegar al Río de la Plata. (Bardini, 1983: 104)

En definitiva, el movimiento que significa el regreso abre una puerta insospechada y reparadora: permite al exiliado entender los lazos que lo unen a otras culturas y, en muchos casos, comprender mejor la historia de sus antepasados a través del rescate de otra memoria, la ancestral.

Juan Gelman, por su parte, aunque adoptando una postura mucho más desgarrada, parece entender el regreso, no solo rescatando un cierto aspecto positivo del mismo, sino también estableciendo –como Lojo- esa misma correspondencia que desbarajusta la idea antinómica del par memoria-olvido:

⁴ No se desarrollará en este ensayo la cuestión del aporte o aprendizaje que significó el exilio, por no ser el punto central de abordaje de la problemática del regreso. Solo se alude a dicha cuestión por haber hallado la idea, en los escritores de este grupo, de que una de las razones para proyectar una figura positiva del retorno es la de que éste posibilita una concientización más profunda de los lazos y conocimientos que han enriquecido al exiliado.

El olvido es una función de la memoria. Es una función muy difícil, por lo menos para ciertas memorias. Hay un regreso de la memoria al olvido y un regreso del olvido a la memoria. Esto es absolutamente inevitable; el regreso y el olvido se juntan ahí. El regreso fue, en mi caso, el reencuentro con muchos vacíos, y es así como la memoria regresa a sus vacíos, y también el encuentro con presencias inesperadas: la presencia del temor, pero a la vez memoria de lo que pasó y olvido de lo que pasó. (Cruz, 1991)

Lo que subyace en sus palabras es la idea de que el retorno posibilita al exiliado que la memoria recuerde lo que es debido, es decir, que el olvido como función vital y necesaria de aquella, también emprenda su camino de regreso. No solo vuelve el exiliado, sino también el olvido, porque este es una suerte de compañero inevitable en el destierro que paradójicamente convive con el recuerdo omnipresente del país que se ha dejado atrás, creando un extraño efecto de anulación del tiempo y del espacio que solo puede convocar la escritura:

En todo caso sé que nada de lo escrito en el exilio está apartado del país, siempre estuvo lleno del país. Lo sigue estando. En realidad, es imposible sacar los pies fuera del alma del país. (Borgna, 1983: 26)

Reflexiones finales

¿Se puede hablar de un verdadero regreso, más allá del movimiento físico, en escritores que plantean situaciones como las que sintetizan las palabras de Viñas: “es imposible sacar los pies fuera del alma del país”? Porque pareciera que estas sugieren que no se ha logrado desterrar definitivamente a los exiliados, que podrán haber expulsado sus cuerpos, pero su espíritu y su escritura permanecieron en su lugar de origen, o bien, que lo han llevado a cuestas. ¿O esta postura ha surgido como una suerte de andamiaje que soporta la caída irreparable?

Lo cierto es que el exilio se percibió por la mayoría como un desgajamiento de lo colectivo, como una dislocadura difícilmente superable, como una fragmentación

identitaria con repercusiones múltiples y disímiles. Y estas vivencias han desembocado y han constituido no solo la instauración, sino la eternización de la utopía del regreso, porque este es tal vez, la instancia más perturbadora de la experiencia del exilio.

Asimismo, el regreso es la utopía que necesita mantenerse como tal para no ser frustrante, porque cuando el exiliado comprueba que la consecución de la utopía no basta para curar su mal, como diría Abdelmalek Sayad, sobreviene la decepción. Porque el regreso puede significar recuperar espacios –relativamente, porque estos también cambian: no son exactamente los mismos que en el momento de la partida-, pero sin duda no supone recuperar el tiempo que debiera haber sido compartido con los demás miembros de la comunidad de origen y que se ha perdido en ese hiato insalvable en el que devino el exilio.

Augusto Roa Bastos sintetiza estas vivencias claramente al preguntársele si considera que el destierro termina alguna vez:

Yo creo que el exiliado continúa a perpetuidad siendo exiliado, porque el retorno no es la restitución, la recuperación de un destino, sino simplemente el comienzo de otro destino que sigue siendo el de un exiliado. (Boccanera, 1999: 33)

La utopía del regreso comienza así en la partida misma, con la sentencia de expulsión del sentimiento colectivo, porque el solo hecho de ser obligado desata la fuerza de los imposibles, es decir, de las utopías, como bien lo entendiera Cortázar:

A lo largo de veintiocho años yo he vivido en Europa y nunca me sentí exiliado porque era una decisión personal, yo podía volver a mi patria cuando quería. Desde hace cinco años no puedo volver. Desde hace cinco años soy un exiliado como todos los demás. (Boccanera, 1999: 18)

Y la utopía continúa al enfrentarse a los cambios que se han operado en los espacios familiares, en las ausencias que se imponen, en el sentimiento de extrañamiento que vuelve a instalarse en el espíritu, en el temor a ser considerado extraño: no solo el país de origen

es, de alguna manera, “otro”, sino que el exiliado también lo es. Ha cambiado su forma de relacionarse con los espacios y con la gente y, por si fuera poco, vuelve soportando el peso de “otra” pérdida: la del lugar de acogida, donde paulatinamente había dejado de ser un “otro”, ajeno y amenazante, para ser aceptado como un fronterizo –ni de un lado, ni del otro, en el medio- familiar.

De esta forma, la partida y el retorno se convocan permanentemente. O, como propone Sayad: “Para que la nostalgia no se convierta en decepción hay que mantener el retorno en suspenso” (Sayad, 1996: 12). ¿Quién resolverá, entonces, la utopía del regreso?

Referencias bibliográficas

ÁNGEL, Raquel. (1992). “David Viñas: Las astucias de la servidumbre”. *Rebeldes y domesticados (los intelectuales frente al poder)*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, pp. 33-45.

ARENDT, Hannah. (2009). *Escritos judíos*. Barcelona: Paidós.

BARDINI, Roberto. (1983). “No fue un plato de caviar, pero... el exilio enseña muchas cosas”. *Humor*. N° 119, pp. 102-106.

BAUMAN, Zygmunt. (2011). *Daños colaterales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

BOCCANERA, Jorge. (1999). *Tierra que anda. Los escritores en el exilio*. Buenos Aires: Ameghino.

BORGNA, Gabriela. (1983). “Juan Gelman: el exilio no me apartó del país”. *Caras y Caretas*. N° 2205, p. 26.

BUFANO, Sergio. (1983). “Simón en la ciudad”. *20 cuentos del exilio*. México: Tierra del Fuego, pp. 117-126.

CARDOZA Y ARAGÓN, Luis. (1986). *El río/Novelas de caballería*. México: Fondo de Cultura Económica.

CRESPO BUITURÓN, MARCELA. (2008). “Entrevista a María Rosa Lojo”. *Andar por los bordes. Entre la historia y la ficción: El exilio sin protagonistas de María Rosa Lojo*. Alicante: El Taller Digital de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, pp. 225-233.

CRUZ, Juan. “Juan Gelman: Argentina es un estado de ánimo”. *El país*. Madrid: 14 de agosto de 1991. Disponible en: http://elpais.com/diario/1991/08/14/cultura/682120803_850215.html

FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro; GARRAMUÑO, Florencia; y SOSNOWSKI, Saúl. (Eds.). (2003). *Sujetos en tránsito*. Buenos Aires: Alianza.

LOJO, María Rosa. (2005). *Finisterre*. Buenos Aires, Sudamericana.

SAYAD, Abdelmalek. (1996). “El país al que nunca se llega”. *El Correo de la Unesco*. París, octubre, pp. 10-12.

YANKELEVICH, Pablo. (2010). *Ráfagas del un exilio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.